

anterior el número llegó a 6.400 y estiman que cada año irá en aumento el volumen de esta emigración si no se detiene a tiempo.

Recientemente, por indicación de la OEA, un grupo de especialistas hizo un análisis de este éxodo profesional y de las causas que lo provocan. De la encuesta resultó que los motivos son los siguientes: por causa del propio progreso profesional, en busca de una mejor remuneración, por encontrar un mejor reconocimiento del trabajo científico y técnico, en busca de mejores oportunidades para realizar investigaciones y por falta de estabilidad y garantías políticas.

Para contrarrestar este hecho lamentable, investigadores y sociólogos han sugerido varios procedimientos, entre ellos, el de aumentar el interés por las investigaciones científicas, demostrar aprecio por los técnicos y otros. En la reunión a que nos referimos, el doctor Houssay formuló una declaración para ser patrocinada por todos los miembros de la conferencia de la UNESCO, que contiene estos conceptos:

"Yo afirmo que si bien la ciencia no tiene patria, el hombre de ciencia sí la tiene: la tierra donde nació, se educó y formó, la cual lo sostuvo, le permitió vivir, educarse y adelantar. Allí tiene sus amistades y su familia, factores de tan profunda influencia en los latinoamericanos. Hay un pacto tácito, no firmado, de que todo hombre debe ayudar a su patria. Pudo estudiar mediante el trabajo de todo un pueblo, campesinos, obreros, intelectuales, que produjeron los recursos que lo mantuvieron y cuyo esfuerzo sostuvo las escuelas y universidades. Debe retribuir a ése trabajando al máximo para el adelanto de su país". ♦

¿salvaremos nuestras libertades?

IGNACIO IGLESIAS •

No cabe duda que la más exigente objetividad obliga a reconocer que Raymond Aron es, hoy por hoy, no sólo una de las cabezas más serenas de la *intelligentsia* francesa, sino asimismo uno de los espíritus más lúcidos y clarividentes de todo el Occidente. Ahí está, para corroborarlo, su ya vasta obra, en la que se ha preocupado y ocupado en dilucidar los principales problemas que han surgido en esta época, nueva desde todos los puntos de vista. Y, por si fuera poco, nos lo recuerda en su último libro *Ensayo sobre las libertades*, que la Alianza Editorial de Madrid ha tenido el acierto de publicar en castellano en una cuidada y económica edición de bolsillo.

Raymond Aron, después de haber analizado como nadie la formación de la sociedad industrial, tal vez uno de los hechos históricos más fundamentales de nuestro tiempo, se dedica en su *Ensayo sobre las libertades* a estudiar con atención y minuciosidad tres cuestiones, capitales para nuestro presente y sobre todo para nuestro futuro: la debatida antinomia entre libertades formales y libertades reales, los supuestos de la libertad política en una sociedad técnica y, finalmente, la amenaza suprema que ejerce el totalitarismo. Digamos que el ensayo se inicia con una atinada confrontación, para mejor situar el problema, de las doctrinas de Tocqueville y de Marx, puesto que si para este último la desaparición de la propiedad privada era una condición *sine qua non* para el establecimiento del reino de la libertad,

para el primero la interrogante fundamental era saber si se podría salvaguardar la libertad en una sociedad donde las condiciones serán cada vez más iguales. Raymond Aron hace suyo este interrogante, ya que la preocupación que predomina en su *Ensayo sobre las libertades* es precisamente la de saber qué es o qué será de la libertad en una sociedad empujada por el dinamismo del crecimiento económico y del progreso técnico.

Razón tiene en apresurarse a señalar que la palabra libertad es "la más utilizada y la más equívoca que puede emplearse, ya que, en cada época, los hombres reivindican con el nombre de libertad los poderes de los que se creen injustamente despojados o protestan, en nombre de la libertad, contra sujeciones reales". Así, por ejemplo, hubo una libertad privilegio de la aristocracia, como hubo más tarde una libertad privilegio de la burguesía. Según Tocqueville la democracia liberal, expresión acabada de la sociedad moderna, consiste en la igualdad de condiciones, en un régimen representativo y en la existencia de libertades personales. Para Marx, en cambio, la verdadera democracia sólo existirá en una sociedad en la cual todos los hombres pueden ser iguales, cuando el Estado sea asunto de todos y no de unos cuantos, hasta que termine por desaparecer y la administración de las cosas sustituya al gobierno de las personas. Tocqueville fue, pues, no obstante sus orígenes aristocráticos, el teórico de la democracia liberal, es decir, de la democracia burguesa; Marx, de origen burgués, aspiró a ser, plena y conscientemente, el dirigente de la clase obrera organizada, su máximo exponente teórico. La oposición entre las doctrinas de ambos es evidente.

Sin embargo, al observar el mundo que nos rodea, con sus distintos regímenes sociales, Raymond Aron siente la tentación de confrontar esas dos concepciones. Y comprueba que, contra lo que pensaba Tocqueville, las libertades personales no bastan para dar un sentimien-

to de libertad, y menos aún de libertad efectiva para forjar su destino, a aquellos que viven miserablemente de un salario nunca garantizado; mas, por otra parte, Marx incurrió en el error de considerar que únicamente una revolución radical permitiría liberar al trabajador, en el doble sentido de mejorar su nivel de vida y de permitirle participar en la vida colectiva, error puesto en evidencia por la experiencia soviética. "¿Es preciso decir que —escribe Aron—, por una ironía de la historia, los gobernados anhelan libertades formales allá donde reina la filosofía de las libertades reales? ¿Y que, en cambio, las libertades formales pierden valor ante las libertades reales allí donde las primeras se hallan garantizadas, por lo menos en lo esencial, pero donde subsiste, con la propiedad privada de los medios de producción, la potencia social y quizá el poder político de una minoría en la esfera privada?"

Cabe añadir que no sólo los regímenes soviéticos niegan todo valor a las libertades formales. Otros países, particularmente en el llamado Tercer Mundo, ávidos de un crecimiento acelerado, hacen lo mismo y recurren al partido único, por parecerles que es el mejor medio de movilizar a un pueblo para obligarlo a transformar sus formas de vida tradicionales. "La mayor parte de los nuevos Estados —anota Aron—, entre el ideal de la ciudadanía burguesa y el de la eficacia técnica, no lo dudan: sacrifican las libertades personales a la voluntad de desarrollo económico". En cambio, en los países occidentales donde ese desarrollo económico es una realidad se observa un apaciguamiento de las reivindicaciones revolucionarias. Escribe Aron: "...observando la consolidación de la democracia liberal en Europa occidental, se llega a lo que yo llamaría el *conformismo actual del optimismo occidental*, cuya expresión es la fórmula *fin de las ideologías*, casi consagrada actualmente. La fórmula no ha significado jamás que una sociedad industrial, a un nivel determinado de prosperidad, ignore el con-

flicto de las ideas o el choque de los temperamentos. (...) Lo que sugería la fórmula era el escepticismo ante los sistemas globales de interpretación del mundo histórico, en nombre de los cuales un partido se creía portador de una misión y destinado a la destrucción del orden existente y a la edificación de un orden radicalmente opuesto. Ni el marxismo-leninismo, ni el fascismo, ni el liberalismo despiertan ya esa fe capaz de mover montañas".

El autor de *Ensayo sobre las libertades* considera que las actuales sociedades occidentales demuestran que no sólo las libertades formales y las libertades reales no son contradictorias, sino que es precisamente en esas sociedades, no obstante sus indudables defectos, donde unas y otras se logran menos imperfectamente. Ahora bien, Raymond Aron estima que "el problema tal vez más importante sigue siendo el saber si la síntesis actual de las libertades formales y de las libertades reales está ligada a una fase del crecimiento industrial y destinada a extenderse a medida que se propaga el modernismo o si, por el contrario, no es más que un legado de Occidente condenado a un particularismo definitivo". El Estado moderno se vuelve cada día menos democrático. Es más: la amenaza suprema de nuestra época es la del totalitarismo. Las libertades, todas las libertades, peligran. Esas libertades que, según Aron, "son una protección contra el poder y lo arbitrario", no "un fin o un valor supremo, sino un medio necesario para alcanzar los más elevados valores". No nos dice si las libertades podrán salvarse del devorador apetito del Estado moderno. Pero, ¿quién puede decirlo? ♦

los cubanos conquistan la florida

ALEJANDRO CARRION •

POR segunda vez gente de habla española conquistan la Florida. La gesta de Ponce de León se repite ahora, en los años sesenta. La emigración cubana va poco a poco cambiando el rostro y el clima humano de Miami, la puerta alegre, millonaria y polícroma que Estados Unidos, en la soleada tierra de Florida, abre a Latinoamérica.

En un comienzo, se presentó a la emigración cubana como un conjunto de gentes desorientadas, paupérrimas, acogidas a la caridad de los Estados Unidos, destinadas a constituir un peso inútil sobre esa nación. Se decía, inclusive, que Estados Unidos iba a dispersar esa emigración en su inmenso territorio, a diluirla en su población multitudinaria, para evitarse problemas posteriores. Y es posible que en algún momento se haya comenzado a poner en práctica esa idea espantosa.

Pero los cubanos se establecieron principalmente en Miami, donde sube su "colonia" ya a ciento cincuenta mil. Es tan numerosa, que en las calles de la hermosa urbe se la nota: de cada cinco transeúntes, dos son latinos y con frecuencia esos dos latinos son cubanos. Es verdad que muchos son viajeros, pues Miami arrebató ya a Nueva Orleans su calidad de puerta de Latinoamérica, pero casi siempre esos dos latinos son cubanos. Y se oye el castellano en todas